

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN EN EL PROYECTO
TEMPLO MAYOR (PTM), 1987

Leonardo López Luján

PRETÉRITO PLUSCUAMPERFECTO.
VISIONES MESOAMERICANAS
DE LOS VESTIGIOS
ARQUEOLÓGICOS

DISCURSO DE INGRESO
(15 de marzo de 2019)

SALUTACIÓN
Alejandro Frank

RESPUESTA
Eduardo Matos Moctezuma



EL COLEGIO NACIONAL
México, 2019

Me es muy grato darles la bienvenida a esta sesión solemne de El Colegio Nacional.

Nos reunimos hoy para dar la bienvenida a un nuevo y distinguido miembro de este Colegio, el doctor Leonardo López Luján, así como para escuchar su lección inaugural, que lleva por título: “Pretérito pluscuamperfecto. Visiones mesoamericanas de los vestigios arqueológicos”. ¿Pluscuamperfecto? Del latín *plus quam perfectum*, que quiere decir “más que perfecto” y se refiere a un tiempo anterior a lo pretérito, el pasado del pasado, según el diccionario. Al presente y a un pasado más reciente me referiré brevemente.

El doctor Leonardo López Luján sigue la tradición de los grandes arqueólogos mexi-

canos, que han dado gran lustre y reconocimiento a la ciencia mexicana, rescatando la historia y la cultura del México precolombino. Cuatro de ellos han sido miembros de El Colegio Nacional.

El primer arqueólogo en ingresar a éste fue don Alfonso Caso, principal estudioso de Monte Albán y de la cultura mixteca, y uno de los quince fundadores de El Colegio Nacional, ceremonia que se llevó a cabo el 15 de mayo de 1943.

En tiempos en que el papel que juegan la ciencia, el arte y la cultura para nuestra sociedad parecen desdibujarse y se pierde la memoria histórica de su significado, vale la pena recordar algunos fragmentos de lo expresado sobre la creación de El Colegio Nacional en esa ceremonia, hace 75 años, por el licenciado Alejandro Gómez Arias. En un lenguaje que refleja el estilo de aquella época, resaltó

la significación patriótica e intelectual que se pretende adquiriera este nuevo centro de cultura;

recordó la gratitud que México debe a sus grandes pensadores, hombres de ciencia, escritores, poetas, artistas e investigadores que integran el cuerpo fundador de El Colegio Nacional.

Más adelante, Gómez Arias expresó lo siguiente:

Reunir a los hombres más destacados de mi patria es un acto de unidad que al propio tiempo dimana optimismo en medio de las tinieblas. Parece ser como si del cuerpo augusto de la Patria surgiera la vida misma, un arranque de fe renovada y un nuevo hálito de esperanza. No todo es oscuro ni gris; existen hombres superiores a quienes México tiene gratitud por lo que a México han dado y por lo que han hecho por México; parece que el reunir a estos hombres ha sido obra de milagro. El Colegio Nacional, su obra, no podrá medirse desde ahora, por la modestia con que nace, pero se le apreciará a distancia, en la perspectiva.

“El Colegio Nacional [prosiguió el orador], sobrevivirá porque no es un grupo cerrado, sino hombres que han dado ya mucho

al país y por los que el país siente honda gratitud”.¹ Hoy en día, por supuesto, hablamos de los grandes hombres y mujeres que conforman este Colegio, cuyo lema es, apropiadamente, “Libertad por el saber”.

El ingreso de don Alfonso Caso fue seguido por tres, ahora cuatro, extraordinarios científicos que han puesto en alto a la arqueología mexicana. Ellos son don Ignacio Bernal, quien ingresó en 1972; el doctor Eduardo Matos Moctezuma, quien nos acompaña hoy en el presidium y que ingresó en 1993, y la doctora Linda Rosa Manzanilla Naim, quien ingresó en 2007.

Leonardo López Luján ha continuado y enriquecido esta extraordinaria veta de nuestra tradición científica. Con estudios en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en la Université de Paris

¹ Las citas de Alejandro Gómez Arias se encuentran en “Discurso oficial a cargo del licenciado Alejandro Gómez Arias”, en *Los inicios de El Colegio Nacional*, disponible en <http://colnal.mx/la-institucion/historia/los-inicios-de-el-colegio-nacional> [consultado el 5 de abril de 2019].

X-Nanterre, la Université de Paris I-Panthéon-Sorbonne y la École Pratique des Hautes Études, dirige las excavaciones del Proyecto Templo Mayor (PTM) desde 1991. Ha participado en proyectos en sitios mayas, preclásicos y clásicos, y consagrado sus mayores esfuerzos a Teotihuacan y Tenochtitlan, donde ha dirigido a múltiples equipos nacionales e internacionales.

Ha sido conferencista y ponente en connotadas instituciones de Europa, Japón, China, Estados Unidos, México, Centro y Sudamérica, habiendo impartido más de trescientas presentaciones sobre sus propias investigaciones. Asimismo, es investigador nivel III del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) y miembro regular de la Academia Mexicana de Ciencias (AMC), de la Academia Mexicana de Ciencias Antropológicas (AMCA), de la Academia Mexicana de la Historia, de la Society of Antiquaries of London, del Colegio Profesional de Antropólogos de Lima y miembro correspondiente de la British Academy.

Es autor o coautor de dieciséis libros, siendo los más recientes *Escultura monumental mexicana* (con Eduardo Matos Motezuma, FCE, 2012) y *El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794* (INAH, 2015). Ha publicado más de 200 capítulos y artículos, y ha editado diecisiete volúmenes colectivos, destacando entre los últimos los cuatro tomos de la *Historia antigua de México* (con Linda Rosa Manzanilla Naim, UNAM-INAH-Porrúa, 2000-2001), *Moteczuma: Aztec Ruler* (con Colin McEwan, British Museum Press, 2009) y *The Art of Urbanism* (con William L. Fash, Harvard University, 2009).

Es miembro de comités editoriales de revistas nacionales e internacionales, entre ellas el *Journal de la Société des Américanistes*, *Arqueología Mexicana*, *Ancient Mesoamerica*, *Estudios de Cultura Náhuatl*, *National Geographic en Español*, *European Journal of Americanist Archaeology* y *Anales de Antropología*.

En 2015, la Academia China de Ciencias Sociales le otorgó el Shanghai Archaeology Forum Research Award por dirigir uno de los diez mejores proyectos de investigación arqueológica a nivel mundial de los tres últimos años. Hace apenas unos meses, recibió junto con El Colegio Nacional la Medalla al Mérito del Festival del Centro Histórico de la Ciudad de México por las contribuciones hechas a lo largo de su fructífera carrera profesional. ¡Bienvenido a El Colegio Nacional!

PRETÉRITO PLUSCUAMPERFECTO.
VISIONES MESOAMERICANAS
DE LOS VESTIGIOS
ARQUEOLÓGICOS

Leonardo López Luján

Dr. Alejandro Frank, presidente en turno de
El Colegio Nacional

Dr. Eduardo Matos Moctezuma

Distinguidos miembros de la cátedra más
alta de la República

Antrop. Diego Prieto, director general del
INAH

Amigas y amigos

Muchísimas gracias a todos por estar conmigo en el que es uno de los momentos más trascendentes de mi vida profesional. Me siento profundamente honrado por ingresar a El Colegio Nacional y quedo en deuda con sus integrantes por haber depositado en mí su confianza para acompañarlos desde hoy en esta comunidad de cultura al ser-

vicio de la sociedad, así como para secundarlos en su más cara misión: difundir en libertad el saber que fortalece la conciencia y la unidad de la nación. Para mí será motivo de enorme satisfacción frecuentar este bellissimo recinto, donde cohabitan y se entrelazan creativamente las artes, las letras, las ciencias y las humanidades. Estén seguros de que, con gran afán, pondré a su servicio mis conocimientos y mi experiencia.

Agradezco en especial a quienes promovieron mi candidatura: Eduardo Matos Moctezuma, Javier Garciadiego, Antonio Lazcano Araujo, Jaime Urrutia Fucugauchi y Juan Villoro; y, por su apoyo constante, a Miguel León-Portilla. Mi presencia en el aquí y el ahora me obliga también a recordar con gratitud, en los allá y los entonces, a quienes me han enseñado lo que sé: a mis padres (Martha y Alfredo); a los profesores de la educación laica, gratuita y de calidad que recibí desde la primaria hasta el doctorado, tanto en México como en Francia; a mis tres mujeres (Laura, Mariana y Emi-

lia); así como a los colegas, colaboradores y alumnos que me halagan con su amistad.

Pero ante todo deseo hacer un reconocimiento público al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), mi casa desde hace casi cuatro décadas, donde he podido desarrollarme a cabalidad como estudioso del pasado. Quisiera por ello evocar en unos cuantos segundos a otros investigadores del INAH que me han precedido en el mayúsculo honor que significa ser miembro de El Colegio Nacional. Me refiero a Alfonso Caso, Ignacio Bernal y Eduardo Matos, los tres pertenecientes a mi gremio. A Caso nunca lo conocí, pero sigo aprendiendo de él a través de la lectura de su prolífica obra. Con Bernal coincidí brevemente en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); él en los últimos años de actividad laboral y yo como adolescente que ayudaba a los académicos del Instituto de Investigaciones Antropológicas (IIA); me enorgullece como pocas cosas aparecer junto a don Ignacio en una

fotografía. Y de Matos, ¿qué puedo decir? He convivido con él desde 1980: fui asistente de sus asistentes, su colaborador directo, su discípulo y su asociado. De estos tres gigantes, he heredado tanto el gusto por las antiguas ciudades de Teotihuacan y Tenochtitlan como por los orígenes y la evolución de la arqueología en México. Me siento continuador de sus aspiraciones, al tiempo que me esfuerzo cada día por enaltecer su legado...

Antes de dar lectura a mi discurso quisiera dedicarlo a mis amigos zapotecas de Santa Ana Yareni, Oaxaca, con quienes he trabajado en las excavaciones del Templo Mayor a lo largo de 39 años.

Tempus edax rerum (Tiempo,
devorador de todas las cosas)
Ovidio, *Las metamorfosis*

EGIPTOMANÍA ROMANA

Nunca he comprendido por qué mi hermano no se convirtió en marino para consagrar su existencia a surcar océanos. ¿Cómo logró escapar a ese destino si, en la España de los estertores del franquismo, acudía él, domingo a domingo, a la muy sevillana Plaza de Santa Marta para comprar timbres de carabelas, goletas y buques de vapor? Yo lo acompañaba y, para emular a mi mayor, buscaba cuanta estampilla tuviera imáge-

nes de pirámides, esfinges o sarcófagos, señal inequívoca de la dulce condena de mi porvenir, de una vocación que —alentada por mis padres— desembocaría en mi hoy y mi mañana. Al redactar estas líneas, paso las hojas de mi premonitorio álbum de filatelia y constato que mi perseverancia no dejó en aquellos días un solo espacio vacío. Noto también la presencia de la vieja serie de la Posta Aérea Vaticana dedicada a los obeliscos de Roma.

Y, como una cosa siempre lleva a otra, esa serie me trae a la memoria que, al poco de hacerme de ella, contemplaría yo con mis propios ojos las majestuosas agujas monolíticas que ocupan todas las plazas importantes de la llamada, desde tiempos de Tibulo, *Urbs Aeterna* (Ciudad Eterna). Viajamos allí desde Sevilla en el verano de 1974 y entonces fui testigo por primera vez de la fascinación que los emperadores romanos sintieron por el pasado egipcio, así como de su desmesurada voracidad por reunir entre las siete colinas esas figuracio-

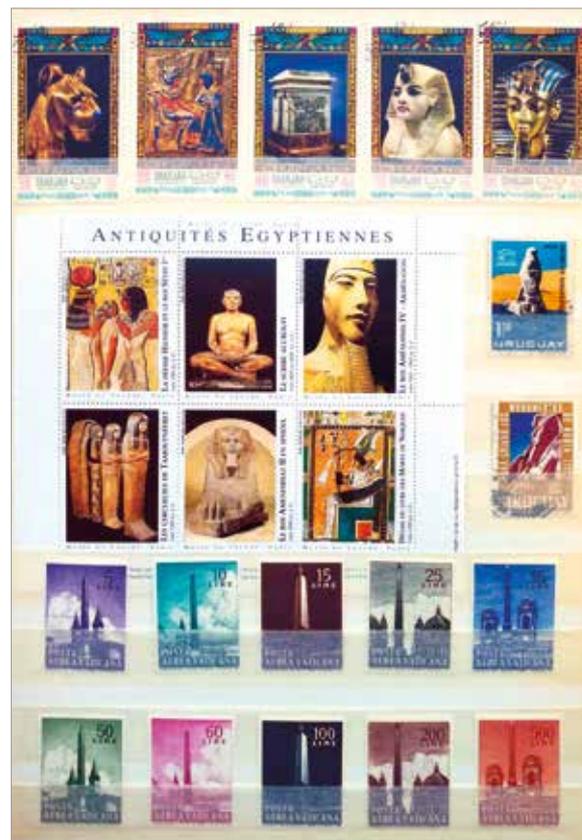


Figura 1. Una hoja de mi álbum de estampillas de arqueología (Sevilla, 1973-1974).



Figura 3. Traslado de obeliscos del Nilo al Tíber
(Kircher, 1650, lib. I, cap. X, p. 90, figs. I-II).

apropiarse de los vestigios arqueológicos de Egipto. También importaron bloques inmensos desde las canteras de Asuán para esculpir ellos sus propios obeliscos. En Roma hay cinco, algunos ilegibles como el de la Trinità dei Monti porque sus inscripciones son falsas. Pero esto no sucede en el obelisco del Pincio que se izó originalmente en Tívoli en el año 130 como parte del monumento a Antínoo: Adriano mandó hacerlo tras la enigmática muerte de su favorito, y compuso, con ayuda de sacerdotes egipcios, un texto jeroglífico en el que se le diviniza como Osiris y se exalta su juvenil hermosura. Anterior es el obelisco Pamphilius, estudiado por Kircher, restaurado por Bernini y que ocupa en el presente la Piazza Navona. En el año 81, Domiciano celebró con él su entronización y su adscripción a la dinastía de los Flavios. Para ello hizo cincelar su nombre en el fuste, junto a los epítetos de “César” y “Autócrator”, además de incluir su efigie en la cúspide, vestido a la usanza faraónica, tocado

con la doble corona y flanqueado en cada cara del piramidi3n por Isis y Tot, Nejbet y Horus, Uadyet y Hathor, y Mut y Am3n. Se autoproclamaba as3 como heredero de glorias ajenas, reivindicando ancestros que no eran los suyos y dici3ndose protegido por dioses de un pante3n distinto al de la triada capitolina.

La an3cdota no acaba ah3, pues en tiempos de los Estados Pontificios, papas como Sixto V y Alejandro VII reafirmaron su autoridad al exhumar esos mismos obeliscos de las ruinas de Roma y reerigirlos sobre pedestales con largas exaltaciones en lat3n. M3s tarde, en el siglo XIX, los imperios coloniales reactualizar3an las proezas de los faraones egipcios, de los emperadores romanos y de los papas cat3licos, en una competencia que mucho recuerda la carrera espacial iniciada en los a3os cincuenta por Kruschew y Eisenhower, y hoy reimpulsada en el lado oscuro de la Luna por Xi Jinping. Las de los obeliscos fueron empresas bajo el auspicio de soberanos, pero ahora

financiadas por grandes magnates e, inclusive, logias mas3nicas. La Francia de Louis Philippe tom3 la delantera en 1836, a3o en que se plant3 uno de los bell3simos rayos de Luxor en la parisina Place de la Concorde. La seguir3an la Inglaterra de la reina Victoria y los Estados Unidos del presidente Hayes, en 1880 y 1881 respectivamente, cuando se alzaron de nueva cuenta las mal llamadas agujas de Cleopatra, ambas oriundas de Heli3polis. La primera qued3 expuesta en un muelle del T3mesis, entre los puentes de Charing Cross y Waterloo, y la segunda sobre una colina del Central Park junto al Metropolitan Museum. En aquel momento, esta 3ltima fue pomposamente declarada “el monumento m3s viejo del Nuevo Mundo”.

A partir de entonces, la bonanza econ3mica se midi3 en la altura de los obeliscos, aunque no de los egipcios, sino de las copias modernas de las copias romanas. El Washington Memorial tard3 cuatro d3cadas en ser levantado en el Mall de la capital esta-

dounidense, justo enfrente de la Casa Blanca. Inaugurado en 1885 y con sus 169 m, es la estructura de piedra más elevada del orbe. En 1936, cuando Argentina aún era potencia mundial, los bonaerenses construyeron el suyo en la Plaza de la República y en tan sólo 31 días: una mole de concreto armado de 67.5 m que celebra la fundación de la ciudad. Y dos años después, en la Ciudad de México, se erigió uno en honor a Bolívar a la entrada de Polanco, también de concreto, pero casi cuatro veces más pequeño que el sudamericano y nueve veces menor que el de nuestros vecinos del norte...

OLMECOMANÍA MAYA

En 1981 hice con mis padres y mi hermano otra estancia en el extranjero, ahora en la menguante Alemania Democrática, donde conocí a un precoz diplomático mexicano que respondía al nombre de Juan Villoro.

A mi regreso, solicité a Eduardo Matos que me permitiera reincorporarme a sus huestes del Proyecto Templo Mayor (PTM). Con la generosidad que lo distingue, me recomendó entonces excavar parte de un adoratorio, cuyos perfiles y murales eran una extraña reminiscencia de la arquitectura de Teotihuacan, es decir, lo que conocemos coloquialmente como un *revival*. En aquellos meses y a unos cuantos metros de esa construcción arcaizante, mis compañeros sacaban a la luz decenas de reliquias pertenecientes a civilizaciones que habían precedido a la mexica en la profundidad de los siglos y de los milenios. Me percaté así de que Tenochtitlan no era, al final de cuentas, tan distinta a la Roma de los obeliscos y que los Moctezumas, al igual que los Césares, se ostentaban como fervientes devotos de un pasado que, parafraseando a Enrique Krauze, se volvía en su entorno no sólo presente, sino omnipresente.

Sabemos, empero, que el mexica no fue en absoluto un pueblo excepcional en el

ámbito panmesoamericano y que esa misma atracción por los vestigios arqueológicos se manifiesta en otros tiempos y otros espacios del mundo prehispánico. La civilización maya, obsesionada por los cómputos calendáricos y los muy remotos orígenes míticos de sus dinastías, es un excelente ejemplo de esto. La literatura científica está colmada de reportes donde los arqueólogos registran con emoción el hallazgo inesperado de antigüedades olmecas del Preclásico medio que fueron recicladas por los mayas en una variedad de contextos que van del Protoclásico al Clásico terminal. Tales descubrimientos en templos y palacios de Chacsinkín en Yucatán; San Gervasio en Quintana Roo; Uaxactún y Perú-Waká en el Petén guatemalteco; Uxbenká en Belice, y El Sitio y Laguna Francesa en Chiapas nos hablan de la amplia dispersión de la práctica. Incluso, hay casos análogos de reutilización de artefactos y monumentos escultóricos olmecas en sitios no mayas como Cerro de las Mesas, Medias Aguas y Piedra Labrada

en Veracruz, así como en Talamanca de Tihás en la ya muy distante Costa Rica.

Pero mientras los anticuarios chinos de la dinastía Song solían coleccionar bronce y nefritas, y los europeos del Renacimiento, monedas y mármoles, los mayas mostraron una marcada predilección por las reliquias de jadeíta, albita y serpentina. Sin duda, apreciaban sus bellas tonalidades azul-verdes y sus superficies tan tersas como refulgentes. En el imaginario, las hacían sinónimos del agua, la fertilidad, el maíz, el aliento vital y, de manera más general, las concebían como materialización de lopreciado y lo numinoso. Eso explica que aparezcan en las tumbas de sus dignatarios toda suerte de efigies divinas, joyas e instrumentos rituales olmecas hechos con estas piedras metamórficas. Que fueran originalmente pendientes o que hayan sido transformados en ellos con posterioridad a través de diminutas perforaciones nos indica que las antigüedades eran portadas como amuletos y, quizá, como emblemas personales de majestad y poder.

En los museos de Cambridge, Brooklyn, Washington, San José y Londres hay otro tipo de testimonios de la insondable atracción que los mayas sintieron por lo arqueológico. Allí se atesoran piezas olmecas que, pese a carecer de detalles sobre su procedencia, son para nosotros tanto o más significativas. Su peculiaridad reside en que, siglos después de su creación, un *ab dzib* grabó en ellas textos epigráficos con el apelativo de algún rey y el de su linaje, ciudad o reino.

Permítanme unos instantes para analizar el célebre pendiente de la colección Bliss en Dumbarton Oaks, el cual tiene tallado en el anverso el arquetípico rostro del dios olmeca del maíz. En el reverso alguien añadió *a posteriori* la imagen de un joven varón, sentado en flor de loto y cuya corona trifoliar, collar y cinturón son los propios de la realeza en las tierras bajas mayas. Hay un texto corto a su espalda y otro frente a él, este último compuesto por veinticuatro bloques jeroglíficos organizados en dos

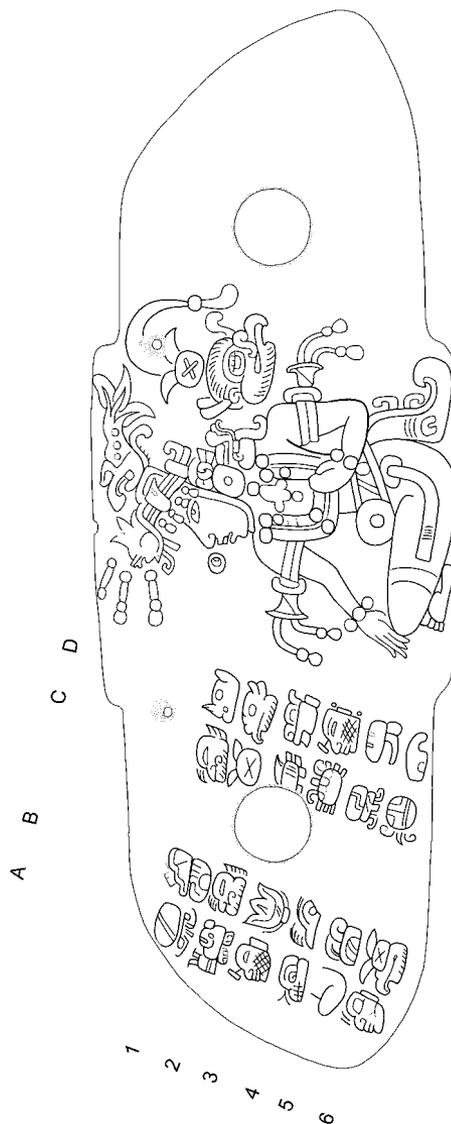


Figura 4. Grabado maya en el reverso del pendiente olmeca de la colección Bliss de Dumbarton Oaks, Washington.

columnas dobles. Como todos los escritos tempranos, es de difícil intelección. Aun así, parece evidente que el personaje figurado se llamaba ?*Muwaan*, nombre que se repite en tres ocasiones (B6, C2-D2 y tras su espalda). Sin embargo, no es claro si se alude con él a un soberano que fue entronizado, como se deduciría de la expresión verbal *chum ajaw* (A5-B5), o a un *mam* o venerable ancestro (B2, C1) a quien se dedicó el pectoral durante la toma de poder de otro personaje (A3-B4), como se inferiría del segundo sintagma verbal *ay t'ab-?* (A1-B1). Cualquiera que sea el caso, todo indica que esta reliquia olmeca sirvió para sacralizar, bajo la égida del antiquísimo señor del maíz, el acceso a un cargo político de primer orden.

Completan este breve cuadro del mundo maya excavaciones cada vez más rigurosas e imágenes de LIDAR —que desde el cielo y por arte de magia esfuman la densa vegetación selvática—, pues nos revelan de manera conjunta la existencia de

ruinas entreveradas —cual pecios de cal y canto— en el interior de los archipiélagos urbanos característicos del área. Por extraño que parezca, los habitantes de las florecientes ciudades del Clásico se topaban día a día con vetustas construcciones que estaban siendo dramáticamente engullidas por los árboles. Atestiguaban así su paulatina transformación de relucientes imágenes artificiales del Monstruo Witz a verdaderas montañas sagradas, ese retorno de la cultura a la naturaleza del que nos habla Simmel en su filosofía relativista. Por respeto o quizá por miedo, la gente no osaba en aquel entonces construir sobre tales escombros; todo lo contrario, llevaba dones a los espectros que supuestamente los ocupaban, los halagaba con el humo del incienso y extraía pedazos de antiguos monumentos para luego venerarlos en altares o reinhumarlos como ofrendas...

El estudio de las visiones retrospectivas en tiempos prehispánicos se torna menos incierto conforme nos aproximamos al momento del contacto europeo. Códices y crónicas del siglo XVI nos permiten vislumbrar los móviles de una anticomanía siempre en aumento, en tanto que exploraciones modernas nos develan viejas prácticas de obtención de vestigios arqueológicos que eran cada vez más diversas y generalizadas. Tenemos noticia, por ejemplo, de que hasta en las viviendas posclásicas más humildes de Xaltocan y Chalco se coleccionaban y exponían a la vista deterioradas figurillas de barro, algunas de las cuales tenían en aquel periodo una edad de más de dos milenios.

La situación llega al extremo en Tenochtitlan, donde se han hallado por cientos no sólo reliquias olmecas, sino teotihuacanas, guerrerenses, mayas, xochicalcas y toltecas. No es extraño que buena parte de estos ob-

jetos sean de jadeíta y serpentina, si bien se suman a la lista los elaborados con listwanita, travertino y cerámica. Predomina la reutilización de artefactos pequeños y medianos, todos de gran calidad estética, enterrados en sepulcros de alto estatus y en ofrendas dedicadas a Ehécatl, Tláloc, Huitzilopochtli y otras divinidades. Hay máscaras, figurillas, vasijas, orejeras, narigueras, pendientes, cuentas y demás ornamentos. Algunos se reducen a simples fragmentos, lo que nos hace preguntarnos si su valoración principal se debía a pretendidos poderes mágicos o, tal vez, a supuestas cualidades mánticas. En contraste, unas cuantas antigüedades son de gran formato, entre ellas este *chacmool* descubierto en la Casa del Marqués del Apartado, a escasos 50 m de donde ahora nos encontramos. Imaginemos lo que implicó, además de un inusitado fervor, traer esta escultura de 700 kg desde las ruinas de Tula, esto en una época en la que se carecía de bestias de tiro y carga.



Figura 5. Arriba, *chacmool* tolteca (guerrero mariposa) de la Casa del Apartado. Abajo, *chacmool* mexicana (Tláloc) de la calle de Venustiano Carranza.

Patente entre los mexicas es el gusto por modificar muchas de las reliquias. A las que

tenían pátina y otros daños ocasionados por largos siglos de enterramiento, les devolvían su esplendor prístino por medio de sencillos procedimientos de abrasión, pulido y bruñido. Acostumbraban, asimismo, adaptarlas a nuevas funciones por medio de cortes y horadaciones, o bien incorporar en ellas elementos decorativos que acentuaban su sentido inicial o les conferían uno diferente: las cubrían con delgados baños de pintura o chapopote; les delineaban glifos calendáricos o símbolos divinos, y les añadían aplicaciones. Este fenómeno no es distinto al de las máscaras olmecas y mexicas que, tras efectuar el viaje transatlántico y arribar a las cortes europeas, les fueron incrustados rubíes en los ojos o quedaron inmersas en estrambóticos nichos de oro y esmalte.

Paralelamente, y al igual que en la Roma imperial, los artistas de la capital insular fueron comisionados por los nobles y principales para recrear toda clase de vestigios, desde objetos minúsculos hasta edificios enteros ornados con pinturas y esculturas ar-

caizantes. De esta manera, la recuperación del pasado material de civilizaciones desaparecidas encontró en la imitación su mejor forma expresiva. Tenochtitlan se llenó así, por sólo aludir a las figuraciones neotoltecas, de esculturas exentas de atlantes, portaestandartes y serpientes colosales; de relieves con “hombres-pájaro-serpiente”, guerreros en procesión, aves rapaces y felinos; de braseros con protuberancias o con el rostro del dios de la lluvia; de cenefas multicolores pintadas sobre aplanados de tierra, y de pórticos y salas hipóstilas. La inusitada variedad de estas copias nos habla de una hondísima compenetración con el arte antiguo. Por esto, no carece de sustento la observación de Octavio Paz, quien comentó lúcidamente que “si Tula fue una versión rústica de Teotihuacan, México-Tenochtitlan fue una versión imperial de Tula”.

Tales obras, hay que señalarlo, se reconocen de inmediato como lo que son: imitaciones. No se trata de réplicas ni duplicaciones, como lo notó con perspicacia Beatriz de



Figura 6. Máscara teotihuacana modificada por los mexicas y enterrada en la Ofrenda 82 del Templo Mayor de Tenochtitlan.

la Fuente, sino de evocaciones sumarias de estilos del pasado que se imbrican con elementos estilísticos modernos. En sus

copias, los mexicas no usaron las mismas materias primas que sus antecesores ni tampoco reprodujeron con exactitud sus técnicas, cánones e iconografía. La intención era revivir el pasado, sí, pero reinterpretándolo y resignificándolo para responder a las necesidades de un eterno presente.

Así lo demuestra, entre otros muchos casos, la famosa recreación mexicana de las imágenes teotihuacanas de Huehuetéotl, el dios viejo del fuego. A diferencia de los modelos del Clásico, esta recreación es mucho mayor, está tallada en un basalto particularmente denso, carece de rasgos de vejez en el rostro y cuenta con inusuales símbolos acuáticos y telúricos. En su realización, la escultura posclásica nada tiene que ver con la plástica de Teotihuacan, sino que se ajusta al estilo tenochca imperial: acusa formas compactas, superficies convexas como si una fuerza neumática las presionara desde su interior y, ante todo, un naturalismo sometido a un magistral proceso de simplificación.



Figura 7. Arriba, Huehuetéotl teotihuacano. Abajo, Huehuetéotl mexica con elementos acuáticos y telúricos.

En el origen de la reutilización y la imitación de antigüedades se encuentra la muy humana curiosidad por explorar los asentamientos de las civilizaciones extintas. En estos enigmáticos escenarios, marcados por el silencio y la desolación, el hombre del Posclásico tardío no dudó en aventurarse una y otra vez para realizar el más seductor y azaroso de los viajes: aquel que se emprende hacia el pasado...

A menos de tres jornadas a pie desde Tenochtitlan se encontraban las ciudades arqueológicas de Teotihuacan, Xochicalco y Tula. Las tres habían sido destruidas con inusual violencia y despobladas casi por completo hacia los años 600, 900 y 1150, respectivamente. Con el transcurrir del tiempo y como resultado de una historia plagada de discontinuidades, su recuerdo se fue esfumando, al grado de que en los siglos xv y xvi poco o nada se sabía acerca de ellas. De Teotihuacan ni siquiera se cono-

cía su nombre verdadero, la lengua de sus habitantes o la advocación de sus templos. Los mexicas y buena parte de sus vecinos se habían afincado en la Cuenca de México con posterioridad a su trágico ocaso, por lo que era inútil apelar allí a la memoria, ese ejercicio fundamental que los antiguos nahuas llamaban *tlalnamiqiliztli*, literalmente, “lo que se vuelve a encontrar”. Para complicar las cosas, los *xiuhámatl* o anales de la región nunca registraron con entera certeza hechos que habían acontecido más allá de tres o cuatro siglos, como bien lo demostró Henry Nicholson.

Desprovisto de todo contenido histórico específico, ese tiempo remoto de las ciudades arqueológicas debió de ser entendido bajo la muy mesoamericana concepción del devenir cíclico. Nada más conveniente, pues las ruinas poseen esa capacidad intrínseca de transportarnos al pasado para hacernos entrever el futuro. Son las sobrevivientes de épocas lejanas que, muy disminuidas, arriban al presente y con su tra-

gedia pronostican nuestro destino. En su estado decrepito se proyecta no sólo nuestra propia fragilidad actual y condición de mortales, sino la precariedad del mundo en que viviremos. De ahí que las ciudades arqueológicas inspiren en sus visitantes ese apocalíptico presentimiento de que las civilizaciones sólo se encumbran para luego colapsarse. No es gratuito, por lo tanto, que las pirámides de Teotihuacan hicieran las veces de “templo y oráculo” para los pueblos comarcanos y para el mismísimo Moctezuma, a decir de la *Relación de Tecciztlán*.

Aun así, el espectáculo de las ruinas generaba sensaciones que iban mucho más allá de la melancolía por la dicha perdida o de la inquietud por los vaticinios. Muchos de quienes las recorrían lo hacían en búsqueda, no de lo que alguna vez existió, sino de lo que aún quedaba de todo aquello. Es verosímil que experimentaran una inmensa satisfacción al manipular, examinar e interpretar, muy a su manera, vestigios que les permitían imaginar los caudalosos flu-

jos del pasado y, ¿por qué no?, imaginarse a sí mismos inmersos en ellos. Este impulso gozoso y la consecuente interacción del individuo con los remanentes materiales de la historia definen en su conjunto a la más pura *arqueofilia*, para utilizar aquí el neologismo acuñado por Felipe Rojas.

Hemos dicho que los mexicas y sus contemporáneos estaban bien familiarizados con las ciudades arqueológicas de la región y esto únicamente era posible a través de visitas asiduas. Su presencia constante frente a los antiguos monumentos les permitió deleitarse con sus formas, observarlas detenidamente, memorizarlas hasta el más nimio detalle y dibujarlas, para recrearlas más tarde en la escultura, la pintura y la arquitectura de sus propias capitales. La placa neoxochicalca, encontrada en el año 1900 atrás de la Catedral Metropolitana, es prueba fehaciente del viaje que un artista anónimo emprendió a las ruinas de Xochicalco. Entonces, como ahora, estaban expuestos a las miradas los relieves del Templo de las



Figura 8. Arriba, placa neoxochicalca encontrada en una ofrenda mexica atrás de la Catedral Metropolitana. Abajo, relieves del Edificio de las Serpientes Emplumadas de Xochicalco.

Serpientes Emplumadas, donde rítmicamente se repite la efigie del gobernante 9-Cocodrilo. Y es él quien claramente está plasmado en la placa posclásica...

La arqueología y la historia nos hablan igualmente de otros tipos de actividades en las ciudades abandonadas. En un primer grupo se encuentran aquellas que añadían elementos modernos al paisaje edificado y que nos delatan una profunda veneración por el pasado en el pasado. Repasemos rápidamente tres ejemplos. En el siglo XIII de nuestra era, los tlahuicas construyeron una escalinata de cal y canto en Chalcatzingo con el propósito de ascender, por la ladera del cerro, hasta un espectacular conjunto de relieves que habían sido esculpidos hacia el año 1000 a. C.

A fines del siglo XV o principios del XVI, miembros de la casa real de Zaachila, de la de Cuilapan o de otra comunidad cercana, llevaron a las ruinas de Monte Albán siete bultos sagrados que contenían las reliquias óseas de una veintena de individuos y jo-

yas de un lujo extremo. Seleccionaron para inhumarlos una vieja cámara sepulcral del Epiclásico que había sido parcialmente saqueada y que estaba azolvada en su interior por la entrada de la lluvia. En 1932, tras descubrir la cámara, Caso la bautizaría con el poco romántico nombre de Tumba 7 y la noticia del feliz hallazgo llegaría a todos los rincones de nuestro planeta.

En junio de 1518, estando todavía sus naves en la costa de Veracruz, Juan de Grijalva entregó un regalo a los emisarios de Moctezuma, consistente en vino, tocino, tasajo y bizcochos. Durán nos relata que, cuando ellos llegaron de regreso a Tenochtitlan, sólo quedaban unos pedazos de bizcocho que el soberano probó con reticencia y dijo que le parecían piedras. Se negó a seguir comiendo y adujo “que era cosa de los dioses”. Entonces ordenó a sus sacerdotes llevar el bizcocho a Tula “y que lo enterrasen en el templo de *Quetzalcoatl*, cuyos hijos eran los que habían venido”. Los sacerdotes lo colocaron con solemnidad en una jícara

dorada, lo cubrieron con ricas mantas y emprendieron el camino en medio de cánticos y envueltos por el humo del copal.

Todas estas acciones tienen como antítesis otras que sustraían de las ciudades arqueológicas vestigios cargados del poder sobrenatural de las hierofanías. Si bien es cierto que los edificios derruidos eran explotados como bancos de material, se privilegiaba en tiempos prehispánicos la extracción de imágenes divinas, así como la exhumación de objetos sagrados que formaban parte de sepulcros y ofrendas. Los informantes de Sahagún mencionan maravillados cómo, en las ruinas de Tula, podían colectarse ollas, vasos, escudillas y simples tiestos diseminados por toda la superficie. Confiesan, además, que se tenía la costumbre de penetrar en el subsuelo para recuperar antigüedades de gran valor: “Sácense también debaxo de tierra joyas y piedras preciosas, esmeraldas y turquesas finas”, nos dicen. Para ello se recurría a procedimientos mágicos que, cual un georradar

moderno, indicaban dónde se encontraban los ornamentos de piedras azul-verdes. Muy temprano, los especialistas llegaban al sitio y, cuando comenzaba a amanecer, localizaban aquellos lugares de los que súbitamente emergía “una columna sutil de humo”. ¡Allí era donde cavaban!

Para el caso de Teotihuacan, sabemos que la gente del Posclásico tardío hacía grandes pozos y trincheras en los principales edificios cívico-ceremoniales, pues nuestros equipos, además de esos socavones, han detectado el mismo tipo de objetos tanto en los depósitos rituales de la Pirámide de la Luna como en las ofrendas del recinto sagrado de Tenochtitlan que son de doce siglos posteriores.

Aclaremos finalmente que, en la incesante obtención de reliquias, no sólo estaban implicados los habitantes de Tenochtitlan. Las fuentes históricas también señalan a tlaxcaltecas y tlaxcaltecas, lo que deja entrever un fenómeno bien extendido. Lo cierto es que tales operaciones, sin importar quiénes las

realizaran, nunca persiguieron un beneficio pecuniario, sino únicamente hacerse de bienes tenidos como sagrados.

DIOSSES, GIGANTES Y TOLTECAS

Las claves fundamentales sobre las concepciones mesoamericanas acerca del pasado remoto deben buscarse en los escritos de los frailes mendicantes y en los de los administradores coloniales. Al inquirir éstos sobre los constructores de las ciudades arqueológicas, los informantes indígenas les dieron siempre la misma respuesta, aunque con distintos matices: no se trataba de la obra de simples mortales, sino de seres portentosos, dotados de poderes sobrehumanos y que vivieron en soles o eras previas, es decir, en los tiempos del mito. Seguramente, esta difundida creencia tenía parte de su origen en la atónita comparación que las sociedades del Posclásico tardío hacían entre los majestuosos templos

de sus predecesores y los propios, de mucho menores dimensiones.

De acuerdo con ciertas versiones, los arruinados edificios debían adjudicarse a los mismísimos dioses. Bien conocido es el relato del *Códice Matritense*, donde se cuenta que todos ellos se dieron cita en Teotihuacan y que allí erigieron un monte-pirámide para Nanahuatzin y otro para Tecuciztécatl. Ambos harían penitencia en su cúspide durante cuatro noches, antes de transformarse en el Sol y la Luna.

Mucho más frecuentes, sin embargo, son las referencias a los temibles *quinametín*, gigantes cuya pasada existencia se corroboraba en los huesos de animales pleistocénicos, dotados en el imaginario nahua de propiedades curativas. Se cuenta que estos seres fornidos y disformes, torpes y afectos a la desnudez, levantaron las pirámides valiéndose de sus brazos estirados y macilentos. La de Cholula, nos explican, la hicieron a mano con adobes y recubrimientos de cal.

En cambio, son los totonacos y los toltecas quienes aparecen en escena cuando se habla a la vez de las ruinas de Teotihuacan y Tula. Los toltecas eran tenidos como gente de una excepcional fortaleza, ágiles, diestros en todas las artes mecánicas y desconocedores de la mentira. Seguían a un líder asceta llamado Quetzalcóatl, quien derrochaba virtuosismo y sabiduría. Moraban con él en Tollan, “una ciudad fortísima, en tierra opulentísima”, donde se cosechaban calabazas tan gordas y mazorcas tan alargadas que las debían acarrear abrazadas, además de plantas de amaranto grandes como árboles, y algodón y cacao multicolores.

Dioses, gigantes y toltecas, de manera reveladora, se funden y confunden en los mitos. Dependiendo del documento, Tezcatlipoca aparece como el creador de los gigantes y, al igual que ellos, con un pie imperfecto; él mismo se nahualiza en *quinametli*, aparición nocturna que presagiaba la muerte en guerra, o se convierte en un personaje de talla descomunal que atrave-

saba con sus dedos a los indefensos toltecas. En la obra de Sahagún, tanto gigantes como toltecas son descritos en lengua náhuatl con exactamente la misma palabra: *tlacabueyaque*, lo que *ad litteram* significa “hombres largos” u “hombres altos”. Recordemos también que en Tula se daban frutos tan grandes como su gente. En breve, los constructores de las pirámides eran concebidos como seres ciclópeos, poderosos y proteicos, como habitantes anecuménicos de los soles previos.

Como suele suceder, estas eras idílicas —de armonía y de riqueza— llegarían más temprano que tarde a su término. Su punto final fue marcado por transgresiones que desencadenarían terribles cataclismos punitivos. Los gigantes, entregados a la embriaguez y la promiscuidad, perecen aplastados por la caída de la bóveda celeste; son devorados por jaguares o mueren a causa de terremotos, inundaciones o huracanes. Otros se tornan en piedras con la luz del primer amanecer. Y, otros más, se

refugian bajo tierra o en el interior de las montañas.

Quetzalcóatl, por su parte, se emborracha con pulque de *teómetl* y, como consecuencia, sus súbditos son exterminados por los nigrománticos de Tezcatlipoca, quienes los hieren de muerte con una coa o los sacrifican sobre el *téhcacatl*. Algunos fallecen por el hedor que despide el cadáver de un nigromántico pesadísimo y del cual no se pueden deshacer. Otros, como embriagados o víctimas del pánico, huyen en estampida: chocan entre sí, se aplastan, caen en un río donde se ahogan o se precipitan en un barranco en el que quedan petrificados. Los sobrevivientes huyen de Tula en la aurora, no sin antes quemar sus casas y enterrar sus preciadas pertenencias en montes y hondonadas. Se exilian en la región de la muerte o en la superficie de la tierra. Algunos logran horadar una montaña que les impedía el paso, pero quedan encerrados en su interior y se transforman en rocas.

Resume el drama cósmico una excepcional imagen de las ruinas de Tula que se encuentra en el libro VIII del *Códice Florentino*. Vemos ahí lo que aún queda en pie de un pórtico palaciego sostenido por dos columnas toscanas y, a su derecha, un arco de medio punto parcialmente desplomado. Tras ellos se adivina la silueta de una pirámide con al menos tres peldaños. Ellen Baird ha propuesto de manera convincente que el *tlacuilo* que dibujó esta imagen se inspiró en el tratado de arquitectura de Serlio, específicamente en el frontispicio de su libro tercero, sobre antigüedades. Pero la copia no es cándida: el *tlacuilo* trazó escorzadas, en el ángulo inferior derecho, las figuras de una tabla y de un glifo *tetl* o “piedra”. Jeanette Favrot Peterson las interpreta como la traducción visual indígena de un grupo de vigas y columnas colapsadas.

Creo, sin embargo, que otra sería la lectura, máxime si atendemos al texto que acompaña la escena. A mi juicio, este par de figuras expresa iconográficamente el



Figura 9. Ruinas de Tula dibujadas en el *Códice Florentino* (Sahagún, 1979, lib. VIII, cap. 5, fol. 10v).

difrasismo *in cuábuitl, in tetl* (“el palo, la piedra”), metáfora del “castigo” tanto físico como moral. Pero las derivaciones de la propuesta van más allá: la palabra náhuatl para referirse a la acción de “castigar”, de acuerdo con el diccionario castellano-mexicano de Alonso de Molina, es *tetlatzacuiltliztli*. De manera sugerente, este verbo procede de *tzacuía*, que el mismo fray Alonso traduce como “ser el postrero y último de todos”. Así las cosas, la nostálgica imagen de las ruinas de Tula explicaría al espectador que las transgresiones de sus míticos pobladores y las consiguientes puniciones divinas condujeron irremisiblemente al trágico final de ese lugar paradisiaco y a su transformación en una ciudad arqueológica.

DE REGRESO AL PORVENIR

De aquella Tula coronada por la gloria se proclamaría como doble heredera la casa

real de Tenochtitlan. En el plano divino, nobles y principales de la capital mexicana afirmaban que su estirpe había sido creada por el propio Quetzalcóatl. De acuerdo con los informantes sahuaguntinos, “nacieron señalados y elegidos” por el dios para regir y gobernar el imperio y sus señoríos. Y, en el plano terrenal, ostentaban un vínculo sanguíneo con la rancia aristocracia tolteca. Acamapichtli, fundador de la dinastía tenochca en 1352, pertenecía al linaje reinante en Culhuacan, un viejo asentamiento de gente venida de Tula-Xicocotitlan, que estaba enclavado en el sur de la Cuenca.

Esta doble vertiente de legitimidad, anclada en un pasado mítico y otro histórico, nos hace comprender la lógica política de dos edificios religiosos de Tenochtitlan que fueron exhumados al otro lado de esta calle, la de Donceles y Justo Sierra. Uno de ellos —bajo los predios que hoy ocupan el Centro Cultural de España, el Hotel Catedral y el Pasaje Catedral— fue identificado por Raúl Barrera como el Calmécac,

es decir, el templo-escuela consagrado a la educación de nobles y principales, y cuyo patrón era nada menos que Quetzalcóatl. El otro —en frente de la Librería Porrúa y bautizado por nosotros mismos como La Casa de las Águilas— fue muy probablemente el Tlacatecco-Tlacoachcalco, recinto donde se velaba cuatro noches el cadáver del rey y donde, a los pocos días, su sucesor hacía la penitencia previa a la ceremonia de entronización. No carece de intención, por lo tanto, que el proyecto arquitectónico y el programa iconográfico de ambos edificios hicieran revivir a Tula en todo su esplendor 350 años después de su estrepitosa caída. Sus espacios y su decoración, de un intenso sabor neotolteca, transmitían a quienes los recorrían la idea de una ascendencia prestigiosa, medio probado para justificar la supremacía de la corte imperial y, por qué no decirlo, para codificar la desigualdad social imperante.

Otros adoratorios de los recintos sagrados de Tenochtitlan y Tlatelolco, conoci-

dos como “los templos rojos”, recreaban tanto en sus taludes y tableros como en sus murales las construcciones de la antigua Teotihuacan. Bertina Olmedo, al confrontar los símbolos de sus fachadas con los dones sepultados en su interior, concluyó que estaban dedicados a Xochipilli-Macuilxóchitl, dios del Sol naciente, también patrono de nobles y principales, y numen de la música y la danza. El estilo arcaizante, nos dice, fue elegido deliberadamente para evocar el mítico “lugar del endiosamiento”, donde las divinidades dieron vida a través de su muerte al Quinto Sol, el definitivo, el de los seres humanos y el que algún día verá su fin en un devastador *tlalollin* o “movimiento de tierra”. Los templos rojos ayudarían, por lo tanto, a recordar a los fieles que la reproducción de los ciclos y de la existencia misma dependían de sus plegarias y, sobre todo, de sus oblações de sangre a la dualidad formada por el Sol y la Tierra: *in Tonátiuh, in Tlaltecuhltli*.

ANTES, AHORA, DESPUÉS...

El reloj apremia y no deseo abusar de su benevolencia. Pongamos fin a este periplo por mundos donde la creación de *revivals*, la reutilización de antigüedades y la exploración de ciudades arqueológicas fueron medios idóneos para establecer una conexión con paraísos míticos tan lejanos como evanescentes. Remontarse por tales vías a un tiempo pretérito más-que-perfecto les significó a los mesoamericanos la posibilidad de entrar en contacto privilegiado con las entidades anímicas de sus ancestros y les permitió, al menos en el plano ideal, recibir el auxilio de sus infinitos poderes para asegurar cosechas abundantes, éxito en la guerra y amparo ante la adversidad.

Muchas de estas creencias fundamentales, aunque con sensibles transformaciones, perviven actualmente entre los grupos indígenas de México. Los relatos acerca de una época antediluviana marcada por las tinieblas y dominada por los antepasados

han sido recopilados en múltiples parajes del territorio nacional por Jacques Galinier, Alfredo López Austin, Antonio García de León y otros investigadores. Tepehuas, purépechas, otomíes, nahuas, totonacos, zapotecos, mixes, popolocas, mayas yucatecos, lacandones y tzotziles, por citar algunos, cuentan que existía en aquel entonces una raza de seres prodigiosos, muchas veces imaginados como gigantes, aunque también como ancianos, enanos o jorobados. Son llamados *wemas*, *antiguas*, *khuanbári*, *toltecas* o *xantiles*, y se dice que construyeron por doquier cerros, pirámides e iglesias, a veces por la magia de simples silbidos. Con la luz del primer amanecer quedaron atrapados en el interior de peñas, piedras, esculturas antiguas y hasta en cristales y tepalcates. Otros, en cambio, lograron refugiarse dentro de montañas o por debajo de la tierra. Y allí es donde siguen. En las noches o durante los eclipses, cuando la oscuridad les permite abandonar su estado latente, hacen ruidos que atemorizan a

los mortales; se escucha el tañido de una campana, el toque de una corneta, el redoble de un tambor, aplausos, voceríos o el canto de un gallo. ¡Son ellos!

Se relata también que en mundos subterráneos vive un rey cuyo nombre es Montezuma, Montizón, Santazoma, Condoy, Ši Gú, Juan López o don Juan Tutul Xiu. Rodeado de su ejército de dioses sólo atiende el momento de regresar a la superficie para recobrar el territorio perdido y liberar del yugo a sus súbditos. Y a él lo esperan con impaciencia nuestros pueblos originarios que hoy y en su propio país sufren la opresión, la marginación y la miseria...

AGRADECIMIENTOS

John Baines, Stephen Houston, Alfredo López Austin, Luisa Migliorati, Nelly Robles, Salvador Rueda, Barbara Stark, David Stuart, Gerardo P. Taber y Javier Urcid fueron muy gentiles al resolver dudas que me surgieron al redactar este discurso. También doy las gracias por su ayuda a Michelle De Anda Rogel, Mirsa Islas, Felipe Rojas, Alain Schnapp, Éric Taladoire y Alexandre Tokovinine.

BIBLIOGRAFÍA

SOBRE OBELISCOS EGIPCIOS EN ROMA Y OTRAS CIUDADES DEL MUNDO

- Curran, Brian A., Anthony Grafton, Pamela O. Long y Benjamin Weiss, *Obelisk: A History*, Cambridge, Burndy Library, 2009.
- Habachi, Labib, *The Obelisks of Egypt: Skyscrapers of the Past*, Londres, J. M. Dent & Sons, 1978.
- Kircher, Athanasius, *Obeliscus Pamphilius*, Roma, Typis Ludovici Grignani, 1650.
- Lollo Barberi, Olga, Gabriele Parola y Maria Pamela Toti, *Le antichità egiziane di Roma imperiale*, Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 1995.
- Mercati, Michele, *De gli obelischi di Roma*, Roma, Domenico Basa, 1589.
- Rachewiltz, Boris de, y Anna Maria Partini, *Roma Egizia. Culti, templi e divinità egizie nella Roma imperiale*, Roma, Edizioni Mediterranee, 1999.

- Solé, Robert, *Le grand voyage de l'obélisque*, París, Éditions du Seuil, 2004.
- Staccioli, Romolo A., *Guida insolita ai luoghi, ai monumenti e alle curiosità di Roma antica. Tutta la realtà storica, artistica, economica, culturale, urbanistica e sociale di Roma antica*, Roma, Newton Compton Editori, 2016.
- Thompson, Jason, *Wonderful Things: A History of Egyptology. 1: From Antiquity to 1881*, Cairo, The American University in Cairo Press, 2015.

SOBRE ANTICUARIANISMO, ARQUEOFILIA,
ANTICOMANÍA Y MEMORIA COLECTIVA

- Argan, Giulio Carlo (coord.), *El pasado en el presente: el revival en las artes plásticas, la arquitectura, el cine y el teatro*, Barcelona, Gustavo Gili, 1977.
- Augé, Marc, *Le temps en ruines*, París, Galilée, 2003.
- Bernal, Ignacio, *Historia de la arqueología en México*, México, Porrúa, 1979.

- Bradley, Richard, y Howard Williams (coords.), *World Archaeology. The Past in the Past: The Reuse of Ancient Monuments*, *World Archaeology*, v. 30, n. 1, 1998.
- Dubin, Nina L., *Futures & Ruins: Eighteenth-Century Paris and the Art of Hubert Robert*, Los Ángeles, Getty Research Institute, 2010.
- Kopytoff, Igor, "The Cultural Biography of Things: Commoditization as Process", en *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, Arjun Appadurai (ed.), Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 64-92.
- Krauze, Enrique, *La presencia del pasado*, México, FCE-BBVA Bancomer, 2005.
- Lillios, Katina T., "Objects of Memory: The Ethnography and Archaeology of Heirlooms", *Journal of Archaeological Method and Theory*, v. 6, n. 3, 1999, pp. 235-262.
- López Luján, Leonardo, *Arqueología de la arqueología. Ensayos sobre los orígenes de la disciplina en México*, México, INAH-Raíces, 2017.
- Matos Moctezuma, Eduardo, *Historia de la arqueología del México antiguo*, 2 v., México, El Colegio Nacional, 2017.

- Miller, Peter N., *History and Its Objects: Antiquarianism and Material Culture since 1500*, Ithaca, Cornell University Press, 2017.
- Mixer, David W., y Edward R. Henry (coords.), *Journal of Archaeological Method and Theory. Webs of Memory, Frames of Power: Collective Remembering in Archaeological Record*, *Journal of Archaeological Method and Theory*, v. 24, n. 1, 2017.
- Momigliano, Arnaldo, "Ancient History and the Antiquarian", *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, v. 13, n. 3-4, 1950, pp. 285-315.
- Olsen, Bjørnar, Michael Shanks, Timothy Webmoor y Christopher Witmore, *Archaeology: The Discipline of Things*, Berkeley, University of California Press, 2012.
- Pomian, Krzysztof, "Collection: une typologie historique", *Romantisme*, n. 112, 2001, pp. 9-22.
- Rojas, Felipe, "Archaeophilia: A Diagnosis and Ancient Case Studies", en *Antiquarianisms: Contact, Conflict, Comparison*, Benjamin Anderson y Felipe Rojas (eds.), Oxford, Oxbow Books, 2017, pp. 8-30.
- Schnapp, Alain, *La conquête du passé. Aux origines de l'archéologie*, París, Éditions Carré, 1993.
- _____, *Ruines. Essai de perspective comparée*, Dijon, Presses universitaires de Lyon-Les Presses du réel, 2015.
- _____ (ed.), *World Antiquarianism: Comparative Perspectives*, Los Ángeles, Getty Research Institute, 2013.
- Yoffee, Norman (ed.), *Negotiating the Past in the Past: Identity, Memory, and Landscape in Archaeological Research*, Tucson, The University of Arizona Press, 2008.

SOBRE REÚSO E IMITACIÓN DE ANTIGÜEDADES
DURANTE EL PERIODO CLÁSICO

- Andrews, E. Wyllys V, "Olmec Jades from Chacsinkin, Yucatan, and Maya Ceramics from La Venta, Tabasco", en *Research and Reflections in Archaeology and History: Essays in Honor of Doris Stone*, E. Wyllys V Andrews (ed.), Nueva Orleans, Middle American Re-

- search Institute, Tulane University, 1986, pp. 11-47.
- Andrews, E. Wyllys V, "A Cache of Early Jades from Chacsinkin, Yucatan", *Mexicon*, v. 9, n. 4, 1987, pp. 78-85.
- Berrin, Kathleen, y Virginia M. Fields (coords.), *Olmec: Colossal Masterworks of Ancient Mexico*, New Haven, Yale University Press, 2010.
- Brown, Linda A., "From Discard to Divination: Demarcating the Sacred through the Collection and Curation of Discarded Objects", *Latin American Antiquity*, v. 11, n. 4, 2000, pp. 319-333.
- Chinchilla Mazariegos, Oswaldo, "Yearning for the Ancestors: Elite Identity in Cotzumalhuapa Sculpture", en *Archaeology and Identity of the Pacific Coast and Southern Highlands of Mesoamerica*, Claudia García-Des Lauriers y Michael W. Love (eds.), Salt Lake City, The University of Utah Press, 2016, pp. 104-125.
- Coe, Michael D., *An Early Stone Pectoral from Southeastern Mexico*, Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1966.

- Drucker, Philip, *The Cerro de las Mesas Offering of Jade and Other Materials*, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1955.
- Fields, Virginia M., y Alexandre Tokovinine, "Winged Plaque", en *Ancient Maya Art at Dumbarton Oaks*, Joanne Pillsbury, Miriam Doutriaux, Reiko Ishihara-Brito y Alexandre Tokovinine (eds.), Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 2012, pp. 155-159.
- Graham, Mark Miller, "Mesoamerican Jade and Costa Rica", en *Jade in Ancient Costa Rica*, Julie Jones (ed.), Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 1998, pp. 48-58.
- Gussinyer, Jordi, y Alejandro Martínez Muriel, "Una figurilla olmeca en un entierro del horizonte clásico", *Estudios de Cultura Maya*, v. 10, 1976-1977, pp. 69-80.
- Halperin, Christina T., "Ruins in Pre-Columbian Maya Urban Landscapes", *Cambridge Archaeological Journal*, v. 24, n. 3, 2014, pp. 321-344.
- Healy, Paul F., y Jaime J. Awe, "Middle Preclassic Jade Spoon from Belize", *Mexicon*, v. 23, n. 3, 2001, pp. 61-64.

- Hoopes, John W., “Magical Substances in the Land between the Seas: Luxury Arts in Northern South America and Central America”, en *Golden Kingdoms: Luxury Arts in the Ancient Americas*, Joanne Pillsbury, Timothy Potts y Kim N. Richter (coords.), Los Ángeles, J. Paul Getty Museum-The Getty Research Institute, 2017, pp. 54-65.
- Kidder, Alfred V., *The Artifacts of Uaxactun, Guatemala*, Washington, D. C., Carnegie Institution of Washington, 1947.
- Ladrón de Guevara, Sara, “Reutilización de monumentos olmecas en tiempos del Clásico”, *Ancient Mesoamerica*, v. 21, n. 1, 2010, pp. 63-68.
- León, Moisés A., “Origen de dos colgantes de jade encontrados en Costa Rica según análisis de sus inscripciones”, *Estudios de Cultura Maya*, v. 14, 1982, pp. 225-240.
- McEwan, Colin, *Ancient Mexico in the British Museum*, Londres, British Museum, 1994.
- Mora-Marín, David F., “An Epi-Olmec Jade Pendant found in Costa Rica”, *Mexicon*, v. 24, n. 1, 2002, pp. 14-19.

- _____, “Notes on Three Foreign Artifacts from the Cerro de las Mesas Jade Cache”, *Mexicon*, v. 30, n. 1, 2008, pp. 20-22.
- Navarrete, Carlos, “Algunas piezas olmecas de Chiapas y Guatemala”, *Anales de Antropología*, v. 8, 1971, pp. 69-82.
- _____, “Anotaciones sobre el reuso de piezas durante el Postclásico mesoamericano”, *Utz’ib*, n. 3, 1995, pp. 22-26.
- Newman, Sarah, “The Limits of Palimpsest: Architectural Ruins, Reuse, and Remodeling among the Ancient Maya”, en *Palimpsests: Building, Sites, Time*, Nadja Aksamija, Clark Maines y Phillip Wagoner, Turnhout, Brepols, 2017, pp. 91-110.
- O’Neil, Megan E., “Marked Faces, Displaced Bodies: Monument Breakage and Reuse among the Classic-period Maya”, en *Striking Images: Iconoclasm Past and Present*, Stacy Boldrick, Leslie Brubaker y Richard Clay (coords.), Surrey, Ashgate, 2013, pp. 47-64.
- Piña Chan, Román, *Los olmecas antiguos*, México, Gobierno del Estado de Tabasco, 1982.

- Proskouriakoff, Tatiana, "The Artifacts of Mayapan", en *Mayapán Yucatan Mexico*, H. E. D. Pollock (coord.), Washington, D. C., Carnegie Institution, 1962, pp. 321-422.
- _____, *Jades from the Cenote of Sacrifice, Chichen Itza, Yucatan*, Cambridge, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, 1974.
- Rathje, William L., Jeremy A. Sabloff y David A. Gregory, "El descubrimiento de un jade olmeca en la isla de Cozumel, Quintana Roo", *Estudios de Cultura Maya*, v. 9, 1973, pp. 85-91.
- Rich, Michelle, David Freidel, F. Kent Reilly III y Keith Eppich, "An Olmec-Style Figurine from El Perú-Waka', Petén, Guatemala: A Preliminary Report", *Mexicon*, v. 17, n. 5, 2010, pp. 115-122.
- _____, Matthew H. Robb, Varinia Matute, David A. Freidel y F. Kent Reilly III, "Una figurilla de estilo olmeca del Entierro 39, El Perú-Waká, Petén, Guatemala", en *XXV Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2011*, Barbara Arroyo, Lorena Paiz Aragón y Héctor Mejía (coords.), Guatemala, Ministerio de Cul-

- tura y Deportes-Instituto de Antropología e Historia-Asociación Tikal, 2012, pp. 1146-1184.
- Smith, Alfred L., y Karl Ruppert, "Excavations in House Mounds at Mayapán: II", *Current Reports of the Carnegie Institution of Washington*, v. 1, 1953.
- Snarskis, Michael J., "El jade de Talamanca de Tibás", *Vínculos*, v. 5, n. 1-2, 1979, pp. 89-107.
- Stanton, Travis W., y Aline Magnoni (coords.), *Ruins of the Past: The Use and Perception of Abandoned Structures in the Maya Lowlands*, Boulder, University Press of Colorado, 2008.
- Sugiyama, Saburo, "Termination Programs and Prehispanic Looting at the Feathered Serpent Pyramid in Teotihuacan, Mexico", en *The Sowing and the Dawning: Termination, Dedication, and Transformation in the Archaeological and Ethnographic Record of Mesoamerica*, Shirley Boteler Mock (coord.), Albuquerque, University of New Mexico Press, 1998, pp. 146-164.
- Taube, Karl A., "The Symbolism of Jade in Classic Maya Religion", *Ancient Mesoamerica*, v. 16, 2005, pp. 23-50.

SOBRE REÚSO E IMITACIÓN DE ANTIGÜEDADES
DURANTE EL PERIODO POSCLÁSICO

- Barrera Rodríguez, Raúl, y Gabino López Arenas, “Hallazgos en el recinto ceremonial de Tenochtitlan”, *Arqueología Mexicana*, n. 93, 2008, pp. 18-25.
- Batres, Leopoldo, *Exploraciones arqueológicas en la Calle de las Escalerillas*, México, Tipografía y Litografía La Europea, 1902.
- Brumfiel, Elizabeth M., “Ceramic Chronology at Xaltocan”, en *Production and Power at Postclassic Xaltocan*, Elizabeth M. Brumfiel (coord.), México, University of Pittsburgh-INAH, 2005, pp. 117-152.
- Chávez Balderas, Ximena, *Rituales funerarios en el Templo Mayor de Tenochtitlan*, México, INAH, 2007.
- De Lucia, Kristin, “Style, Memory, and the Production of History: Aztec Pottery and the Materialization of a Toltec Legacy”, *Current Anthropology*, v. 59, n. 6, 2018, pp. 741-764.
- Diehl, Richard A., “The Olmec Legacy in Stone: A Mesoamerican Alpha and Omega”, en *Olmec*:

- Colossal Masterworks of Ancient Mexico*, Kathleen Berrin y Virginia M. Fields (eds.), New Haven, Yale University Press, 2010, pp. 76-85.
- Domenici, Davide, “ID 186, Anonimo, Maschera litica da Teotihuacan (Messico)”, en *Leopoldo de’ Medici: Principe dei collezionisti*, Valentina Conticelli, Riccardo Gennaioli y Maria Sframeli (coords.), Florencia, Sillabe, Firenze Musei, Gallerie degli Uffizi, 2017, pp. 336-337.
- Fuente, Beatriz de la, “Escultura en el tiempo. Retorno al pasado tolteca”, *Artes de México*, n. 9, 1990, pp. 36-53.
- Guilliem, Salvador (coord.), *Museo de sitio de Tlatelolco*, México, INAH-UNAM, 2012.
- Gussinyer, Jordi, “Hallazgos en el Metro. Conjunto de adoratorios superpuestos en Pino Suárez”, *Boletín INAH*, n. 36, 1969, pp. 33-37.
- _____, “Un adoratorio dedicado a Tláloc”, *Boletín INAH*, n. 39, 1970, pp. 7-12.
- _____, “Un adoratorio azteca decorado con pinturas”, *Boletín INAH*, n. 40, 1970, pp. 30-35.
- Guzmán Torres, Viridiana, *Manufactura de los objetos lapidarios de estilo teotihuacano del*

- Templo Mayor de Tenochtitlan: análisis arqueométricos*, tesis de licenciatura, México, ENAH, 2018.
- López Austin, Alfredo, “The Masked God of Fire”, en *The Aztec Templo Mayor*; Elizabeth H. Boone (coord.), Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1987, pp. 257-291.
- _____, y Leonardo López Luján, *Monte Sagrado/Templo Mayor: el cerro y la pirámide en la tradición religiosa mesoamericana*, México, INAH-UNAM, 2009.
- López Luján, Leonardo, *La recuperación mexicana del pasado teotihuacano*, México, INAH-Asociación de Amigos del Templo Mayor-García Valadés Editores, 1989.
- _____, “The Aztecs’ Search for the Past”, en *Aztecs*, Londres, Royal Academy of Arts, 2002, pp. 22-29.
- _____, *The Offerings of the Templo Mayor of Tenochtitlan*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2005.
- _____, *La Casa de las Águilas. Un ejemplo de la arquitectura religiosa de Tenochtitlan*, 2 v., México, Conaculta-INAH-FCE, 2006.
- _____, “Echoes of a Glorious Past: Mexica Antiquarianism”, en *World Antiquarianism: Comparative Perspectives*, Alain Schnapp (ed.), Los Ángeles, Getty Research Institute, 2013, pp. 273-294.
- _____, “Life after Death in Teotihuacan: The Moon Plaza’s Monoliths in Colonial and Modern Mexico”, en *Visual Culture of the Ancient Americas: Contemporary Perspectives*, Andrew Finegold y Ellen Hoobler (eds.), Norman, University of Oklahoma Press, 2017, pp. 59-90.
- _____, y Alfredo López Austin, “Los mexicas en Tula y Tula en Mexico-Tenochtitlan”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 38, 2007, pp. 33-83.
- _____, y Michelle De Anda Rogel, “Teotihuacan in Mexico-Tenochtitlan: Recent Discoveries, New Insights”, *The PARI Journal: A Quarterly Publication of the Ancient Cultures Institute*, v. XIX, n. 3, 2019, pp. 1-26.
- _____, Hector Neff y Saburo Sugiyama, “The 9-Xi Vase: A Classic Thin Orange Vessel Found at Tenochtitlan”, en *Mesoamerica’s Classic Heritage: From Teotihuacan to the Aztecs*,

- Davíd Carrasco, Lindsay Jones y Scott Sessions (eds.), Boulder, University Press of Colorado, 2000, pp. 219-249.
- López Luján, Leonardo, Amaranta Argüelles y Saburo Sugiyama, “Más reliquias teotihuacanas en ofrendas de Tenochtitlan”, *Arqueología Mexicana*, n. 118, 2012, pp. 18-21.
- _____, Alfredo López Austin y José María García, “El *chacmool* tolteca de la Casa del Apartado: imitación, reuso y legitimidad”, *Arqueología Mexicana*, n. 130, 2014, pp. 22-29.
- Martínez del Campo Lanz, Sofía (coord.), *La máscara de Malinaltepec*, México, INAH, 2010.
- Matos Moctezuma, Eduardo, “El adoratorio decorado de las calles de Argentina”, *Anales del INAH*, v. 17, 1965, pp. 127-138.
- _____, “Una máscara olmeca en el Templo Mayor de Tenochtitlan”, *Anales de Antropología*, v. 16, 1979, pp. 11-19.
- _____, “Notas sobre algunas urnas funerarias del Templo Mayor”, en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Helga von Kügel-

- gen Kropfinger (coord.), Colonia, Böhlau Verlag, 1983, v. 20, pp. 17-32.
- _____, “Los edificios aledaños al Templo Mayor”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 17, 1984, pp. 15-21.
- _____, “El uso de materiales olmecas en ofrendas post-clásicas en Mesoamérica”, en *El Preclásico o Formativo. Avances y perspectivas. Seminario de Arqueología “Dr. Román Piña Chan”*, Martha Carmona Macías (coord.), México, INAH, 1989, pp. 481-484.
- _____, y Leonardo López Luján, “Teotihuacan and its Mexica Legacy”, en *Teotihuacan: Art from the City of the Gods*, Kathleen Berrin y Esther Pasztory (eds.), Nueva York, Thames and Hudson-The Fine Arts Museums of San Francisco, 1993, pp. 156-165.
- _____, y Raúl Barrera Rodríguez, “El Templo de Ehécatl-Quetzalcóatl del recinto sagrado de México-Tenochtitlan”, *Arqueología Mexicana*, v. 18, n. 108, 2011, pp. 72-77.
- Monterrosa Desruelles, Hervé Victor, *La presencia maya en el Templo Mayor de Tenochtitlan: el análisis tecnológico de los objetos de*

- jadeíta verde imperial*, tesis de doctorado, México, ENAH, 2018.
- Montoya, Janet T., “Clay Figurine Assemblage from Mound 65, Chalco”, en *Place of Jade: Society and Economy in Ancient Chalco*, Mary G. Hodge (coord.), México, University of Pittsburgh-INAH, 2008, pp. 347-366.
- Navarrete, Carlos, y Ana María Crespo, “Un atlante mexica y algunas consideraciones sobre los relieves del Cerro de la Malinche, Hidalgo”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 9, 1971, pp. 11-15.
- Nicholson, Henry B., “Major Sculpture in Pre-Hispanic Central Mexico”, en *Handbook of Middle American Indians: Archaeology of Northern Mesoamerica*, Robert Wauchope (coord. gral.), Austin, University of Texas Press, 1971, v. 10, pp. 92-134.
- _____, y Eloise Quiñones Keber, *Art of Aztec Mexico: Treasures of Tenochtitlan*, Washington, D. C., National Gallery of Art, 1983.
- Olmedo Vera, Bertina, *Los templos rojos del recinto sagrado de Tenochtitlan*, México, INAH, 2002.

- _____, y Carlos Javier González, *Presencia del estilo Mezcala en el Templo Mayor: una clasificación de piezas antropomorfas*, tesis de licenciatura, México, ENAH, 1986.
- Paz, Octavio, *México en la obra de Octavio Paz, III. Los privilegios de la vista: Arte de México, 1. Arte antiguo y moderno*, México, FCE, 1989.
- Umberger, Emily, “Antiques, Revivals, and References to the Past in Aztec Art”, *Res: Anthropology and Aesthetics*, v. 13, 1987, pp. 62-105.
- Urcid, Javier, y Leonardo López Luján, “Xochicalco en Mexico-Tenochtitlan: apropiaciones gráficas en la tradición escrita tardía de la Cuenca de México”, *Estudios de Cultura Náhuatl*. [En prensa.]

ALGUNAS FUENTES HISTÓRICAS ANTIGUAS
RELEVANTES AL TEMA DEL DISCURSO

- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Obras históricas*, México, UNAM, 1975.

Anales de Cuauhtitlán, en *Códice Chimalpopoca*, Primo Feliciano Velázquez (trad.), México, UNAM, 1945, pp. 1-118, 145-164.

Benavente, Fray Toribio de, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, México, UNAM, 1971.

Castañeda, Francisco de, “Relación de Tequiztlán y su partido”, en *Relaciones geográficas del siglo XVI*, René Acuña (ed.), México, UNAM, 1986, v. 7, pp. 211-251.

Códice Vaticano A. 3738, México, FCE-ADV.

Durán, Fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, México, Porrúa, 1984.

“Historia de los mexicanos por sus pinturas”, en *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, Ángel M. Garibay K. (ed.), México, Porrúa, 1965, pp. 21-90.

“Historia de México (Histoire du Mechique)”, en *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, Ángel M. Garibay K. (ed.), México, Porrúa, 1965, pp. 91-120.

Molina, Fray Alonso de, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana, y mexicana y castellana*, México, Porrúa, 2013.

Muñoz Camargo, Diego, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de las Indias y del Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas*, México, UNAM, 1981.

“Relación de la genealogía y linaje de los Señores que han señoreado esta tierra de la Nueva España”, en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España*, Joaquín García Icazbalceta (coord.), México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941, pp. 240-256.

Sahagún, Bernardino de, *Códice Florentino*, México, Secretaría de Gobernación-AGN, 1979.

_____, *Florentine Codex*, Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble (trads.), Santa Fe, School of American Research-University of Utah Press, 1950-1982.

_____, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Conaculta, 2000.

Torquemada, Juan de, *Monarquía Indiana*, México, Porrúa, 1968.

ALGUNOS ESTUDIOS HISTÓRICOS MODERNOS
RELEVANTES AL TEMA DEL DISCURSO

- Baird, Ellen T., "Sahagún and the Representation of History", en *Sahagún at 500: Essays on the Quincentenary of the Birth of Fr. Bernardino de Sahagún*, John Frederick Schwaller (ed.), Berkeley, Academy of American Franciscan History, 2003, pp. 117-136.
- Boone, Elizabeth H., "Venerable Place of Beginnings: The Aztec Understanding of Teotihuacan", en *Mesoamerica's Classic Heritage: From Teotihuacan to the Aztecs*, David Carrasco, Lindsay Jones y Scott Sessions (eds.), Boulder, University Press of Colorado, 2000, pp. 371-395.
- Carrasco, David, *Quetzalcoatl and the Irony of Empire: Myths and Prophecies in the Aztec Tradition*, Chicago, University of Chicago Press, 1983.
- Davies, Nigel, "The Aztec Concept of History: Teotihuacan and Tula", en *The Native Sources and the History of the Valley of Mexico: Proceedings of the 44th International Con-*

- gress of Americanists*, Jacqueline de Durand-Forest (ed.), Oxford, British Archaeological Reports, 1984, pp. 207-214.
- Galinier, Jacques, *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, México, UNAM-CEMCA-INI, 1990.
- García de León, Antonio, "El universo de lo sobrenatural entre los nahuas de Pajapan, Veracruz", *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 8, 1969, pp. 279-311.
- Graulich, Michel, *Quetzalcóatl y el espejismo de Tollan*, Amberes, Instituut voor Amerikanistiek, 1988.
- Hamann, Byron, "The Social Life of Pre-Sunrise Things: Indigenous Mesoamerican Archaeology", *Current Anthropology*, v. 43, n. 3, 2002, pp. 351-382.
- Heyden, Doris, "From Teotihuacan to Tenochtitlan: City Planning, Caves, and Streams of Red and Blue Waters", en *Mesoamerica's Classic Heritage: From Teotihuacan to the Aztecs*, David Carrasco, Lindsay Jones y Scott Sessions (eds.), Boulder, University Press of Colorado, 2000, pp. 165-184.

Jiménez Moreno, Wigberto, “Los portadores de la cultura teotihuacana”, *Historia Mexicana*, v. XXIV, n. 1, 1974, pp. 1-12.

Keen, Benjamin, *The Aztec Image in Western Thought*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1971.

Kupprat, Felix, “Analyzing the Past of the Past. A Methodological Proposal for the Study of Cultural Memory among the Classic Maya”, *On Methods: How We Know what We Think We Know about the Maya*, *Acta Mesoamericana*, v. 28, 2015, pp. 25-46.

León-Portilla, Miguel, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, ININ, 1956.

_____ (coord.), *De Teotihuacan a los aztecas. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, UNAM, 1971.

López Austin, Alfredo, *Hombre-dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, México, UNAM, 1973.

_____, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE, 1994.

_____, “El dios en el cuerpo”, *Dimensión Antropológica*, v. 46, 2009, pp. 7-45.

_____, “Los reyes subterráneos”, en *La quête du Serpent à Plumes: Arts et religions de l'Amérique précolombienne, Hommage à Michel Graulich*, Nathalie Ragot, Sylvie Perperstraete y Guilhem Olivier (coords.), París, Bibliothèque de l'École Pratique des Hautes Études, 2011, pp. 39-56.

_____, “Los gigantes que viven dentro de las piedras. Reflexiones metodológicas”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 49, 2015, pp. 161-197.

_____, y Leonardo López Luján, *Mito y realidad de Zuyuí. Serpiente Emplumada y las transformaciones mesoamericanas del Clásico al Posclásico*, México, FCE, 1999.

Montes de Oca Vega, Mercedes, *Los difrasismos en náhuatl de los siglos XVI y XVII*, México UNAM, 2013.

Moore, Frank Gardner, “On Urbs Aeterna and Urbs Sacra”, *Transactions of the American Philological Association*, v. 25, 1894, pp. 34-60.

Moreno de los Arcos, Roberto, “Los cinco soles cosmogónicos”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 7, 1967, pp. 183-210.

Nicholson, Henry B., “Native Historical Traditions of Nuclear America and the Problem of Their Archeological Correlation”, *American Anthropologist*, v. 57, n. 3, 1955, pp. 594-613.

Olivier, Guilhem, *Moqueries et metamorphoses d'un dieu aztèque: Tezcatlipoca, le “Seigneur au miroir fumant”*, París, Institut d'ethnologie, 1997.

_____, “Relics, Divination, and Regeneration: The Symbolism of Ashes in Mesoamerica”, en *Smoke, Flames, and the Human Body in Mesoamerican Ritual Practice*, Andrew Scherer y Vera Tiesler (eds.), Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 2018, pp. 347-378.

Peterson, Jeanette Favrot, “Crafting the Self: Identity and the Mimetic Tradition in the *Florentine Codex*”, en *Sahagún at 500: Essays on the Quincentenary of the Birth of Fr. Bernardino de Sahagún*, John Frederick Schwaller (ed.), Berkeley, Academy of American Franciscan History, 2003, pp. 223-253.

Simmel, Georg, *La philosophie de l'aventure: essais*, París, L'Arche, 2002.

APÉNDICE: OBELISCOS EN ROMA*

OBELISCOS EGIPCIOS

Lateranense

Altura: 32.18 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Lugar de origen: Karnak (Gran Templo de Amón).

Época: Iniciado por Tutmosis III (1479-1425 a. C.)

y concluido por Tutmosis IV (1401-1391 a. C.).

Llevado a Roma: Augusto (27 a. C.-14 d. C.) intenta trasladarlo hasta Roma sin éxito. Constantino I (306-337) intenta moverlo a Constantinopla sin éxito. Constancio II (337-361) lo lleva finalmente a Roma en 347.

* La información de este apéndice está tomada de Habachi (1978), Rachewiltz y Maria Partini (1999), Solé (2004), Thompson (2015) y Staccioli (2016). En el caso de los faraones, emperadores, papas, reyes y presidentes, se señala la duración de sus respectivos cargos entre paréntesis. Para los arquitectos, artistas y pensadores se indican entre paréntesis las fechas de nacimiento y muerte. [N. del A.]

Ubicación en la Roma antigua: Circus Maximus (espina).

Reerección: Domenico Fontana (1543-1607) en 1588, papado de Sixto V (1585-1590).

Ubicación en la Roma moderna: Piazza San Giovanni in Laterano.

Vaticano

Altura: 25.37 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Lugar de origen: Heliópolis.

Época: Nuncoreo (hijo de Sesostri, 1971-1928 a. C.).

Llevado a Roma: Calígula (37-41) en 37.

Ubicación en la Roma antigua: Circus Vaticanus (espina).

Reerección: Domenico Fontana (1543-1607) en 1586, papado de Sixto V (1585-1590). Se necesitaron 800 hombres, 60 caballos y 40 poleas.

Ubicación en la Roma moderna: Piazza San Pietro.

Flaminio

Altura: 23.20 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Lugar de origen: Heliópolis (Templo de Ra).

Época: Iniciado por Seti I (1294-1279 a. C.) y concluido por Ramsés II (1279-1213 a. C.) y su hijo Merneptah (1213-1203 a. C.).

Llevado a Roma: Augusto (27 a. C.-14 d. C.) en 10 a. C. para celebrar los veinte años de la victoria de Roma sobre Egipto.

Ubicación en la Roma antigua: Circus Maximus (espina).

Reerección: Domenico Fontana (1543-1607) en 1589, papado de Sixto V (1585-1590).

Ubicación en la Roma moderna: Piazza del Popolo.

della Minerva

Altura: 5.47 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Lugar de origen: Sais (necrópolis).

Época: Apries (589-570 a. C., hijo de Psamético II, 595-589 a. C.).

Llevado a Roma: ?

Ubicación en la Roma antigua: Iseum Campense.

Reerección: Gian Lorenzo Bernini (1598-1680) y Athanasius Kircher (1601-1680) en 1667, papado de Alejandro VII (1655-1667).

Ubicación en la Roma moderna: Piazza della Minerva.

Macuteo o della Rotonda

Altura: 6.43 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Lugar de origen: Heliópolis (Templo de Ra).

Época: Erigido en honor a Ramsés II (1279-1213 a. C.).

Llevado a Roma: ¿Domiciano (81-96)?

Ubicación en la Roma antigua: Iseum Campense.

Reerección: Filippo Barigioni (1672-1753) en 1711, papado de Clemente XI (1700-1721).

Ubicación en la Roma moderna: Piazza San Macuto.

Campense o di Montecitorio

Altura: 21.79 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Lugar de origen: Heliópolis.

Época: Psamético II (595-589 a. C.).

Llevado a Roma: Augusto (27 a. C.-14 d. C.) en 10 a. C.

Ubicación en la Roma antigua: Iseum Campense, Solarium Augusti.

Reerección: Giovanni Antinori (1734-1792) en 1792, papado de Pío VI (1775-1799).

Ubicación en la Roma moderna: Piazza di Monte Citorio.

di Villa Mattei o Capitolino

Altura: 2.68 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Lugar de origen: Heliópolis.

Época: Ramsés II (1279-1213 a. C.), dedicado al Sol.

Llevado a Roma: Después de la conquista de Egipto.

Ubicación en la Roma antigua: Iseum Campense.
Reerección: Ciriaco Mattei (m. 1614) en 1582.
Ubicación en la Roma moderna: Villa Celimontana.

delle Terme di Diocleziano o di Dogali

Altura: Más de 6.34 m.
Materia prima: Granito rosa de Asuán.
Lugar de origen: Heliópolis.
Época: Ramsés II (1279-1213 a. C.), dedicado al Sol.
Llevado a Roma: Después de la conquista de Egipto.
Ubicación en la Roma antigua: Iseum Campense (originalmente fue pareja del Obelisco Mediceo que desde 1970 se encuentra en el Giardino di Boboli en Florencia).
Reerección: En la antigua Stazione Termini en 1887 y en su posición actual en 1924.
Ubicación en la Roma moderna: Viale delle Terme di Diocleziano.

OBELISCOS ROMANOS

Aureliano o del Pincio

Altura: 9.25 m.
Materia prima: Granito rosa de Asuán.
Época: *ca.* 130.
Llevado a Roma: ?
Ubicación en la Italia antigua: Frente al monumento funerario a Antínoo, Villa Adriana, Tívoli.
Reerección: Estuvo algún tiempo en el Palazzo Barberini y en 1773 fue izado en el cortile della Pigna in Vaticano. En 1822, Giuseppe Marini lo erigió en su posición actual, papado de Pío VII (1800-1823).
Ubicación en la Roma moderna: Viale dell'Obelisco, Collina Pinciana.

Sallustiano

Altura: 13.91 m.
Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Época: Se discute si pertenece al gobierno de Claudio (41-54), al periodo comprendido entre Cómodo y Galieno (177-268) o a la época de Aureliano (270-275).

Ubicación en la Roma antigua: Circus Sallustianus (espina).

Reerección: En 1733, Clemente XII (1730-1740) lo mandó izar en la Scalla Santa in Laterano. En 1789, Giovanni Antinori (1734-1792) lo erigió en su posición actual, papado de Pío VI (1775-1799).

Ubicación en la Roma moderna: Piazza della Trinità dei Monti.

del Quirinale

Altura: 14.64 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Época: ¿Domiciano (81-96)?

Ubicación en la Roma antigua: Mausoleum Augusti.

Reerección: En 1786, Giovanni Antinori (1734-1792) lo erigió en su posición actual, papado de Pío VI (1775-1799).

Ubicación en la Roma moderna: Piazza del Quirinale.

Liberiano o Esquilino

Altura: 14.75 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Época: ¿Domiciano (81-96)?

Ubicación en la Roma antigua: Mausoleum Augusti.

Reerección: En 1587, Domenico Fontana (1543-1607) lo erigió en su posición actual, papado de Sixto V (1585-1590).

Ubicación en la Roma moderna: Piazza dell'Esquilino.

Pamphilius o Agonale

Altura: 16.54 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Época: Domiciano (81-96) en 81.

Ubicación en la Roma antigua: Iseum Campense. Luego es reerigido en el Circus Maxenti.

Reerección: En 1651, Gian Lorenzo Bernini (1598-1680) y Athanasius Kircher (1601-1680) lo izan en su posición actual, papado de Inocencio X (1644-1655).

Ubicación en la Roma moderna: Piazza Navona.

OTROS OBELISCOS EGIPCOS FUERA DE EGIPTO

Estambul

Altura: 19.60 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Lugar de origen: Karnak.

Época: Tutmosis III (1479-1425 a. C.).

Llevado a Constantinopla: En 390 por Teodosio I (379-395).

Ubicación actual: At-Meydani (Hipódromo).

París

Altura: 22.37 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Lugar de origen: Luxor.

Época: Ramsés II (1279-1213).

Llevado a París: En 1836 por Louis Philippe I d'Orléans (1830-1848).

Ubicación actual: Place de la Concorde.

Londres

Altura: 20.88 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Época: Tutmosis III (1479-1425 a. C.).

Lugar de origen: Heliópolis.

Llevado a Londres: En 1880 por la reina Victoria (1837-1901).

Ubicación actual: Victoria Embankment.

Nueva York

Altura: 21.21 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Época: Tutmosis III (1479-1425 a. C.).

Lugar de origen: Heliópolis.

Llevado a Nueva York: En 1881 por el presidente Rutherford B. Hayes (1877-1881).

Ubicación actual: Central Park.

Dorset

Altura: 6.5 m.

Materia prima: Granito rosa de Asuán.

Época: Ptolomeo VIII (169-164, 144-131, 126-116 a. C.) en 118-117 a. C.

Lugar de origen: Fila (Templo de Isis).

Llevado a Dorset: En 1815 por William John Bankes (1786-1855).

Ubicación actual: Kingston Lacy.

CRÉDITOS ICONOGRÁFICOS

Página 4. Foto: Salvador Guilliem.

Figura 1. Colección personal de estampillas de Leonardo López Luján. Foto: Leonardo López Luján.

Figura 2. Claude Appell, *15 aventuras de arqueología*, ed. de Gautier Languereau, Bilbao, Editorial Fher, S. A., 1971. [Adaptación de *15 aventures d'archéologie*.] Foto: Leonardo López Luján.

Figura 3. Foto: Leonardo López Luján.

Figura 4. Colección Bliss de Dumbarton Oaks, Washington. Dibujo: Alexandre Tokovinine.

Figura 5. Arriba: Museo del Templo Mayor. SECRETARÍA DE CULTURA-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, por tratarse de bienes de la nación mexicana. Foto: Leonardo López Luján. Abajo: Museo Nacional de Antropología. SECRETARÍA DE CULTURA-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el

Instituto Nacional de Antropología e Historia, por tratarse de bienes de la nación mexicana. Foto: Michel Zabé.

Figura 6. Museo Nacional de Antropología. SECRETARÍA DE CULTURA-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, por tratarse de bienes de la nación mexicana. Foto: Oliver Santana/Editorial Raíces.

Figura 7. Arriba y abajo: Museo Nacional de Antropología. SECRETARÍA DE CULTURA-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, por tratarse de bienes de la nación mexicana. Fotos: Mirsa Islas.

Figura 8. Arriba y abajo (dibujos): Javier Urcid y Elbis Domínguez.

Figura 9. Biblioteca Nacional de Antropología. SECRETARÍA DE CULTURA-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, por tratarse de bienes de la nación mexicana. Foto: Leonardo López Luján.

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN: MI MEJOR
ALUMNO, MI MEJOR MAESTRO

Eduardo Matos Moctezuma

I

El doctor Alfonso Caso decía en su libro *A un joven arqueólogo mexicano* lo siguiente:

Lo que te estoy diciendo es el resultado de mis experiencias en el campo, en el museo y en la biblioteca. Pero estas experiencias, como todo lo que existe en la vida, no son inmutables ni eternas, son sólo unos cuantos pasos adelante en el camino fascinante de la ciencia. Ojalá tú puedas mejorarlas y hacer avanzar un poco más nuestros conocimientos. Ojalá que cuando los hombres de esta generación hayamos desaparecido, tú seas capaz de superar sus hipótesis y sus técnicas.¹

¹ Alfonso Caso, *A un joven arqueólogo mexicano*, México, INI, 1977.

El doctor Ignacio Bernal, quien siguió los pasos de su maestro Alfonso Caso como estudioso de los pueblos zapotecos y mixtecos de Oaxaca, decía en el “Prólogo” de su *Historia de la arqueología en México*:

la excavación y conservación de objetos en sus países de origen, o su transporte a capitales conquistadoras, han tenido variados móviles: prestigio, demostración de glorias nacionales o dinásticas, coleccionismo o interés estético.²

Las dos citas anteriores tienen una doble intención: la primera, demostrar cómo nuestro recién llegado presenta las cualidades dichas por don Alfonso en cuanto a lo que se espera de un buen arqueólogo. En el caso de la segunda, alude al tema que Leonardo ha escogido para su cátedra inaugural en El Colegio Nacional.

² Ignacio Bernal, “Prólogo”, en *Historia de la arqueología en México*, México, Porrúa, 1979, p. 9.

Los dos investigadores citados fueron miembros de El Colegio Nacional: el primero como fundador; el segundo como miembro titular del mismo. Hoy me corresponde dar la bienvenida a nuestra institución a otro arqueólogo, digno sucesor de nuestros antecesores: el doctor Leonardo López Luján. Dedicado de manera primordial al estudio de los mexicas, también ha incorporado aportes significativos a la historia de la arqueología y ha incursionado de manera notable en diversos temas históricos y antropológicos. Todo esto le ha valido el reconocimiento nacional e internacional en estas disciplinas. A continuación menciono sólo algunos de ellos a los que se ha hecho acreedor. En 1990 recibió la Medalla Diario de México/Conacyt por ser el mejor estudiante con promedio de 10 en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Ganó dos menciones honoríficas en nuestro país por su tesis de licenciatura acerca de las ofrendas del Templo Mayor y dos premios en Estados Unidos: el Eugene M.

Kayden Humanities Award de la University of Colorado y el Outstanding Academic Book de la revista *Choice*, publicada por The American Library Association. En 1998 obtuvo el doctorado después de haber llevado a cabo sus estudios de posgrado en la Université de Paris X-Nanterre, la Université de Paris I-Panthéon-Sorbonne y la École Pratique des Hautes Études. Su tesis, que trató sobre la Casa de las Águilas de Tenochtitlan, recibió el Premio Alfonso Caso del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Su destacada actuación en el campo de la arqueología le valió ser invitado por diversas universidades de prestigio como Harvard, Brown, Stanford, Berkeley y Cambridge, y otras instituciones como el British Museum de Londres, el Musée du quai Branly de París, el M. H. de Young Museum de San Francisco, el Museum of Art de San Antonio y la Library of Congress de Estados Unidos. Algunos de sus trabajos han sido traducidos al inglés, francés, italiano, alemán, rumano, japonés y chino.

Para terminar con este repaso de algunos de los reconocimientos recibidos por el doctor López Luján, sólo me resta comentar que pertenece a distintas academias e instituciones de nuestro país y del extranjero. Entre las primeras tenemos la Academia Mexicana de Ciencias (AMC), la Academia Mexicana de la Historia y hoy une su pertenencia a El Colegio Nacional. En el extranjero, los dos ingresamos al mismo tiempo a la Society of Antiquaries of London (fundada en 1707) y poco después Leonardo fue elegido miembro correspondiente de la reconocida British Academy. Entre los últimos logros alcanzados por el nuevo miembro de El Colegio Nacional en el año 2015 está el Shanghai Archaeology Forum Research Award por dirigir uno de los diez mejores proyectos de investigación arqueológica a nivel mundial de los tres últimos años: el Proyecto Templo Mayor (PTM).

II

El tema que Leonardo ha escogido para su cátedra de ingreso a esta institución es de sumo interés: “Pretérito pluscuamperfecto”. De entrada, el título llamó poderosamente mi atención y me obligó a acudir a los sesudos sabios de la Real Academia Española para buscar en el *Diccionario* por ellos elaborado su significado. No me asombré cuando leí lo siguiente, pues es de sobra conocido: “Pretérito. Dícese de lo que ya ha pasado o sucedido”. Hasta aquí todo iba bien, pero cuando llegué dentro del mismo rubro de “pretérito” al “pluscuamperfecto” el asunto se complicó. Así decía de su contenido: “Tiempo que anuncia que una cosa estaba ya hecha, o podía estarlo, cuando otra se hizo”.³ No le entendí nada a los sesudos sabios, pero finalmente me rendí y me conformé con el subtítulo: “Visiones mesoamericanas de

³ *Diccionario de la lengua española*, 21.ª ed., Madrid, RAE, t. II, 1992, p. 1664.

los vestigios arqueológicos”. Esto era, para mí, perfectamente entendible. En fin, pensé, es el sello de la casa...

En la cátedra de referencia, el doctor López Luján comienza con un acercamiento a la Roma imperial y el afán de sus gobernantes por trasladar el pasado de otros pueblos —el egipcio en este caso— a la sede del imperio. Más adelante atendió la presencia de vestigios del pasado mesoamericano en contextos posteriores con especial atención en Tenochtitlan. Todo esto me recuerda que, apenas en enero de este año, se publicó un breve ensayo de mi autoría en la revista *Otros Diálogos* de El Colegio de México bajo el título “La ciudad antigua o el diálogo con las piedras. De la Roma Imperial a la Imperial Tenochtitlan”. En las palabras introductorias a este escrito decía algo que mencioné en uno de mis libros sobre los mexicas en donde comentaba cómo, un día caminando por el Foro Romano, me percaté de que tanto en Roma como en el Centro Histórico de la

Ciudad de México se encontraban pedazos de historia tirados por todas partes. No sólo eso, sino que ambas ciudades estuvieron envueltas en mitos fundacionales que se pierden en el arcano de los tiempos. Se trataba, pues, de una feliz coincidencia...

Pero vayamos por partes. Leonardo inició su cátedra con un magnífico compendio, bien escrito y bien documentado, de la presencia de obeliscos egipcios y otros que no lo son, pues se trata de imitaciones posteriores, todos ellos ubicados en la antigua capital del imperio romano. Nos dice que originalmente había 44 obeliscos y hoy en día sólo pueden apreciarse trece de estas piezas. Esta primera parte del escrito viene a abundar sobre el tema de la necesidad de algunos pueblos de recuperar el pasado para traerlo a su presente. Más aún, tanto romanos como mexicas y muchos otros pueblos de la antigüedad recurrieron a lo anterior buscando estos vestigios que hicieron propios. Es así como Leonardo ve similitudes entre la Roma imperial y la Te-

nochtitlan mexica, entre los Moctezumas y los Césares. Sin embargo, viene a cuento preguntarnos: ¿a qué obedece esta acción? Leonardo nos responde que para dilucidar acerca de esto es necesario, en el caso de los ejemplos que nos da de Mesoamérica, acudir tanto al dato que proporciona la arqueología como a las crónicas de frailes y administradores de la etapa colonial, con el fin de entender la manera en que los pueblos mesoamericanos concebían el pasado remoto, construido no por simples mortales, sino por seres fabulosos que vivieron en Edades o Soles anteriores. Otro propósito al que hace referencia es el de “establecer una conexión con paraísos míticos tan lejanos como evanescentes”. Llegar por estos medios a un tiempo “pretérito más que perfecto” (pluscuamperfecto) fue para los pueblos de la antigua Mesoamérica el poder estar en contacto con las entidades anímicas de sus antecesores. Cabe aquí comentar que, en lo particular, pienso que no hay que olvidar que una característica del

poder imperial en todo momento es hacer suyo lo que pertenece a otros pueblos, ya sea en el plano mítico o en su creación material. Se apropian de su presente y de su pasado; de sus tierras y de sus pobladores para beneficio de sí mismos. El término “imperio” conlleva considerar cómo se rebasan los propios límites territoriales para apoderarse de las presencias de pueblos ajenos.

Para terminar con este apartado, sólo agregaré que los pueblos buscan la relación con la divinidad, pero también con la grandeza humana. Lo que para Roma significó el mundo griego y los etruscos, para Tenochtitlan lo fue el pasado tolteca y teotihuacano. Podríamos continuar bordando sobre el tema, apasionante sin duda, pero lo dicho por nuestro autor nos da un panorama enriquecedor de aquellas sociedades que buscan en el pasado su propia razón de existencia y hacen suyas las esencias de quienes los antecedieron en la historia.

III

Finalmente, quiero recordar aquellas palabras que hace poco más de un siglo dijera el destacado antropólogo Manuel Gamio en su libro *Forjando patria*: “En arqueología, como en bienaventuranza, han sido muchos los llamados y pocos los elegidos”.⁴ Leonardo está entre estos últimos. Aún recuerdo cuando hace cerca de cuatro décadas me pidió colaborar en las excavaciones del Templo Mayor. No podía negarme, pese a exponerme ante el Consejo de Arqueología, órgano encargado de aprobar los proyectos de investigación arqueológica en el país, pues contaba con dieciséis años de edad y apenas había concluido la secundaria. No me arrepentí. Era quien me entregaba los mejores informes semanales y mensuales escritos a máquina. ¡Y sin faltas de ortografía! Al paso del tiempo se fue ganando un lugar privilegiado en el

⁴ Manuel Gamio, “Concepto sintético de la arqueología”, en *Forjando patria*, México, Porrúa, 1916, p. 104.

campo de la arqueología y en él descansa ahora el PTM. Siempre he pensado que llega un momento en que hay que dejar paso a los jóvenes y con ellos a las nuevas ideas y aportes de una disciplina que se transforma constantemente. Debe uno hacerse a un lado para que esas ideas fluyan y vengan a enriquecer el conocimiento científico. De no hacerlo así, simplemente estaremos estorbando el avance que la disciplina merece. Sin embargo, siempre les recuerdo a las generaciones que hoy marcan el derrotero de cualquier disciplina que no olviden que lo que ahora pensamos que es lo más avanzado dentro de ella, mañana tendrá que ceder el paso al fruto de la investigación futura que con nuevos bríos echará por tierra, como ocurre en algunos casos, lo que creíamos inamovible. Es, simplemente, el designio de la ciencia: lo que hoy prevalece mañana puede dejar de ser.

Termino tal como comencé estas palabras de respuesta y bienvenida: a mi mejor alumno, a mi mejor maestro...

BIBLIOGRAFÍA

- Bernal, Ignacio, "Prólogo", en *Historia de la arqueología en México*, México, Porrúa, 1979.
- Caso, Alfonso, *A un joven arqueólogo mexicano*, México, INI, 1977.
- Diccionario de la lengua española*, 21.^a ed., Madrid, RAE, t. II, 1992.
- Gamio, Manuel, "Concepto sintético de la arqueología", en *Forjando patria*, México, Porrúa, 1916, pp. 101-106.

ÍNDICE

<i>Palabras de salutación</i> Alejandro Frank	7
<i>Pretérito pluscuamperfecto.</i> <i>Visiones mesoamericanas</i> <i>de los vestigios arqueológicos.</i> Discurso de ingreso a El Colegio Nacional Leonardo López Luján	17
<i>Leonardo López Luján: mi mejor</i> <i>alumno, mi mejor maestro.</i> Respuesta al discurso de ingreso de Leonardo López Luján como miembro de El Colegio Nacional Eduardo Matos Moctezuma	113